

Libro-imagen-texto-imagen

Ernesto Aréchiga

Sonia Lombardo de Ruiz, Guadalupe de la Torre Villalpando, María Gayón Córdova y María Dolores Morales Martínez, *Territorio y demarcación en los censos de población. Ciudad de México 1753, 1790, 1848 y 1882*, México, INAH/UACM/Apoyo al desarrollo de archivos y bibliotecas de México, A.C./Centro de Investigación en Geografía y Geomática “Ing. Jorge L. Tamayo”, 2009.

Los libros todos se parecen. Tienen una portada, un lomo, una contraportada, páginas. Como dice el diccionario de la Real Academia, un libro es un “Conjunto de muchas hojas de papel ordinariamente impresas, que se han cosido o encuadernado juntas con cubierta de papel, cartón, pergamino u otra piel, etcétera y que forman un volumen”. Pero ésa es la base formal, material del objeto que llamamos libro. Su definición es imposible si nos atenemos al contenido, porque

entonces nos enfrentamos a una infinita variedad. De cualquier modo podríamos intentar una clasificación elemental. Hay libros que se componen sólo de textos: letras que forman palabras, las cuales a su vez componen oraciones alineadas en renglones, párrafos y páginas organizadas en apartados o capítulos. Hay libros que además de tener textos incluyen imágenes para ilustrar o apoyar lo que se dice en los textos. Además, las imágenes forman un amplio conjunto donde se incluyen bocetos, pinturas, murales, fotografías, grabados, croquis, planos, mapas, etcétera. Hay libros que privilegian lo visual pues las imágenes se acompañan de textos explicativos que permiten al lector-espectador entender mejor o de manera más profunda lo que está mirando.

Al voltear las hojas de *Territorio y demarcación en los censos de población*, el lector se encuentra frente a un libro-texto pero también frente a un libro-imagen y además frente a un libro-imagen-texto-imagen. O

dicho de otro modo, éste es un libro complejo que posibilita diversos niveles de lectura. Si uno quiere, puede enterarse con detalle sobre los cambios ocurridos en el territorio y demarcación de la ciudad de México entre 1753 y 1882, a través de un texto en el que se da seguimiento a las transformaciones de la capital en su extensión territorial, su trama hidráulica, su entorno urbano, sus divisiones internas, sus plazas y sus calles. La descripción es rigurosa al punto que es posible que el lector se imagine que es un transeúnte en la vieja ciudad, capaz de atestiguar sus mutaciones en cuatro tiempos: 1753, 1790, 1848 y 1882. Cada momento es una fotografía fija, pero al terminar la lectura se obtiene la visión de conjunto y es factible percibir el movimiento lento de una ciudad premoderna en tránsito paulatino hacia su modernización.

Un tiempo lento, casi inmóvil se podría decir, define el cambio de la ciudad entre 1753 y 1848, sobre todo si fijamos la mirada en el es-

pacio de la antigua traza española establecida desde el momento en que se fundó la ciudad de México sobre las ruinas de Tenochtitlan. No obstante, en las periferias ya comenzaba un movimiento que iría tomando velocidad, sobre todo hacia el poniente, al transformar algunos barrios de indios, ranchos y potreros e irlos incorporando poco a poco a la trama urbana dentro de un mismo orden espacial. Entre 1848 y 1882 los cambios fueron numerosos y notables, la ciudad iba saliendo de su letargo y entraba en una nueva época. Al ritmo de la desecación y de la desamortización, la ciudad se expandió más firmemente sobre las tierras de los barrios indígenas y rompió las barreras interiores que representaban los conventos y sus huertas, convirtió los claustros en espacios de tránsito, lastimando, tal vez, las ortodoxas conciencias de algunos de sus habitantes. Según el cronista Ángel de Campo, sólo los señores rancios de capa española sentían “un desgarramiento a cada golpe de barreta contra los muros coloniales. Porque la ciudad nueva levantada sobre escombros les dice que nada se respeta de lo suyo”. De esta manera, entre 1753 y 1882 la ciudad de México es la misma pero al mismo tiempo aparece como radicalmente distinta. En su trama hidráulica, en su estructura vial, en el ámbito legal del régimen de propiedad, la ciudad ha producido cambios profundos y ha preparado el terreno para el gran salto cuantitativo y cualitativo que vendría a partir de 1882. El texto escrito brinda los elementos para comprender este proceso.

Por otra parte, uno puede recorrer el libro sólo a través de sus

mapas. Evoco aquí el texto que Borges tituló “Del rigor de la ciencia”. Cuenta de un imperio donde el arte de la cartografía se había desarrollado a tal grado que el mapa de una provincia ocupaba toda una ciudad y el de todo el imperio ocupaba una provincia. Con el tiempo, la refinación de estos mapas no fue satisfactoria, por lo que los colegios de cartógrafos se dieron a la tarea de levantar “un mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él”. Azoradas frente a esa obra monumental, nuevas generaciones menos adictas al estudio de la cartografía “entendieron que ese dilatado mapa era Inútil y no sin impiedad lo entregaron a las inclemencias del Sol y de los inviernos”. De ese intento desmesurado, nos dice Borges, sólo perduran algunas ruinas despedazadas en los desiertos de oriente, habitadas por animales y mendigos: “En todo el país —concluye— no hay otras reliquias de las disciplinas geográficas”. El amplio proyecto derivó en inutilidad, en desdén por los estudios geográficos, en olvido.

Aquí estamos frente a una pretensión contraria, pues las autoras elaboran mapas entendiéndolos como representaciones que intentan explicar el mundo (y no reproducirlo *tal cual es*), construidas a partir de determinadas decisiones y con arreglo a determinados fines señalados por la temática que interesa estudiar o presentar. En mapas que las autoras han elaborado concienzudamente, se localizan hitos y tramas, puntos y líneas, centros y bordes que permiten al lector ubicar calles de tierra, calles de agua, plazas, barrios, colonias,

paseos, avenidas, es decir los elementos del orden urbano que permiten identificar las permanencias y los cambios ocurridos en la capital mexicana durante 130 años. Comparar por ejemplo, los mapas de la trama hidráulica con los mapas de los cambios en la estructura vial de la ciudad permite ver, gráficamente, ese paso entre la ciudad anfibia, si se me permite el término, erigida sobre el lago y cruzada por canales, y la ciudad terrestre, desecada, que ciega canales, tapa acequias, entuba ríos, drena el suelo y desagua lagos. Triunfo del hombre sobre la naturaleza, dirán algunos, hecatombe ecológica actual largamente anunciada en esas obras, dirán otros. En este sentido, en el libro hay material de sobra para pensar, discutir, argumentar, reformular la historia y reflexionar el pasado y el presente de nuestra ciudad.

Otro nivel de lectura está en las imágenes en tanto grabados, pinturas y fotografías que ilustran los textos y acompañan los mapas. La perspectiva del dibujante, del pintor y del fotógrafo le otorga otra dimensión a lo que afirman los textos escritos y cartográficos. Aquí sí importan, y mucho, el cambio de escala, el detalle y, sobre todo, la profundidad de campo. Si en el mapa localizamos la plaza de Santo Domingo y el texto nos habla de su presencia secular y de los cambios sufridos en ella durante la segunda mitad del siglo XIX, la litografía nos sitúa a nivel de calle y en el ámbito de la vida cotidiana. La plaza es el espacio abierto cruzado por hombres y mujeres a pie o a caballo o en carruaje. Ahí están la fuente y el aguador, el puesto de comida, por allá viene un mecapanero, una bea-

ta sale del atrio, acá está el infaltable perro callejero mirando a la nada. Observamos el modo de vestir de las personas, sus poses. Vemos el convento en plenitud y más tarde, en otra litografía, su amputación en la calle de Leandro Valle que algunos definen como la más inútil de la ciudad. Pero a semejanza de la secular calle de Tacuba o la Cinco de Mayo tan republicana, cuyas imágenes también vemos en el libro, la de Leandro Valle está igualmente poblada, es transitada, es un lugar vivo en la ciudad. Por ahí circulan los carruajes, los caballos, las carretas, los peatones y van apareciendo los símbolos de una modernidad que a nosotros nos resulta lejanísima y en cierto modo arcaica como los tranvías de mulitas o los faroles de gas para el alumbrado público, por ejemplo.

En otro conjunto de imágenes observamos la vigencia de la trajinera como medio de transporte, del canal como camino de agua y el puente como elemento componente de un paisaje todavía lacustre. Si no todos los puentes ni todos los canales eran iguales a los de Jamaica que aquí aparecen, podemos imaginar un poco, trasladar el ejemplo, llevarlo a todos los puntos que los mapas señalan como puentes y a todas las líneas que representan canales y acequias. En un libro elaborado con tanta minuciosidad, con exhaustivos cuadros e índices de calles y plazas, hubiera sido deseable acompañar cada ubicación con una ilustración, pero es una tarea imposible. Olvidémonos de los escasos presupuestos, que también imponen sus reglas, como en este caso la obligación de imprimir en grises unas imágenes que en su original

son a color o fotografías cuya nitidez se pierde un poco por el tipo de papel en que se imprimieron. De todos modos en el fondo hay un problema mayor, un obstáculo más difícil de vencer: tal parece que hay lugares de la ciudad que son retratados una y otra vez en mano del pintor, del grabador o del fotógrafo, como el Zócalo, la Alameda, el Paseo de la Reforma, el de Bucareli, mientras existen otros sitios cuya imagen es imposible de encontrar. O casi, para no adelantar demasiado. Tal vez algún día un investigador acucioso o afortunado encuentre una ilustración del callejón de la Vaca o del barrio de Teotitlán o del callejón de las Papas o del puente de Pipis.

Ya para terminar. He descrito al menos tres niveles de lectura que permite este libro: textos, mapas e imágenes. Lo he sugerido ya pero hay que decirlo de este modo: el libro también nos permite viajar en el tiempo. Situados como transeúntes imaginarios capaces de viajar hacia atrás en el tiempo, no tendríamos ninguna angustia de perdernos en esa ciudad de México, al mismo tiempo familiar y desconocida para nosotros. Llevaríamos este libro para ubicarnos, para saber los nombres de las calles, los puentes, las acequias en épocas en que no había todavía letreros o comenzaban a ponerse en azulejos de talavera. Aquí están todos los elementos para orientarnos y estar en condiciones de atestiguar la lenta transformación de la ciudad entre los siglos XVIII y XIX. En ese sentido el libro es un texto de historia urbana, un álbum cartográfico y pictográfico, una guía de viajeros de la ciudad de México.

Por último, aunque no menos importante, el libro es también producto de un itinerario. Pueden leerse aquí —o adivinarse— los senderos recorridos por las cuatro autoras. Sabemos que al darlo a luz, el texto se separa de quienes lo escribieron para quedar abierto a la lectura, a la crítica, a la interpretación. Pero podemos decir que este trabajo condensa trayectorias académicas de cuatro historiadoras que, de manera individual o colectiva, han producido algunos trabajos indispensables para todo aquel que quiere adentrarse en la profunda historia de nuestra ciudad. Quien emprenda una investigación acerca del pasado de la capital mexicana se encontrará necesariamente con los nombres de Sonia Lombardo, María Dolores Morales, María Gayón o Guadalupe de la Torres. Muchos de sus trabajos son seminales, bien porque inauguran una temática nueva en el ámbito de la investigación sobre la ciudad de México, bien porque sus resultados sirven de base para desarrollar nuevas investigaciones o bien porque son una combinación de estos dos factores. Creo que este libro es una digna muestra de dicha combinación. Como el *Atlas histórico de la ciudad de México*, *Los muros de agua*, *Las condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de México en el siglo XIX*, *El quehacer de censar* o *Cuatro historias*, títulos de algunas de las obras realizadas en individual o colectivo por las autoras, esta obra constituye un aporte al conocimiento y al mismo tiempo representa una herramienta para desplegar nuevas interrogantes e investigaciones en torno a la historia de la ciudad de México.